

APRECIACIONES Y JUICIOS CRITICOS

LA REBELION DE LAS FUERZAS TELURICAS



Entre los pensadores contemporáneos, que con miras a ensanchar el área de su visión, movilizan su propia persona en el disfrute del conocimiento de nuevas regiones y puntos de vista, se encuentra el CONDE HERMANN KEYSERLING. Recientemente de visita en América, en la parte del Sur, Keyserling produjo sus interesantes "Meditaciones", de las cuales todos sus posteriores libros parecen ser ampliaciones. Empeñado hoy por hoy en descubrir las secretas intervenciones del espíritu, cuya irrupción da significación a todos los procesos, el filósofo se inclina a estudiar las diversas fases del momento actual y hace derivar, de acuerdo con tal realidad, toda aportación espiritual verdaderamente valiosa, del hombre. Ofrecemos estas páginas suyas.

De la revista "Universidad".—México, Julio de 1936.

La era de las masas no es en realidad otra cosa que la era de los caudillos; las masas no obran nunca por impulso propio. Cuanto mayor es el número de personas que intervienen, mayor importancia adquieren la organización y la disciplina. Pero, a su vez, al organización y la disciplina presuponen, para resultar eficaces, un caudillo que las imponga y las mantenga. Como consecuencia, a medida que crece el número en las masas, aumenta también la rigidez de la disciplina indispensable, y aumenta a la par el poderío de los individuos que hacen de portavoz y de cabeza.

Estos caudillos constituyen una ínfima minoría, la más reducida que jamás haya gobernado a millones de hombres; pero a la vez tampoco minoría alguna ha ejercido jamás mayor influjo. His-



tóricamente hablando, su acción es la única que hoy día se toma en cuenta. Por mucho que se exalte la omnipotencia de las eminentes personalidades, lo cierto es que las personalidades eminentes nunca han ejercido influjo, a no ser que los *demás* se sometieran a él. Sólo después de haberse entregado a merced de su influjo, éste se convierte casi siempre en influjo ilimitado; mientras la decisión inicial en favor de uno u otro caudillo depende siempre de los "demás". Así se comprende fácilmente el por qué cada época tiene los caudillos que se merece. Y ahora, ¿cuál es el caudillo-tipo de nuestra era? Y no se nos diga que el caudillo carece de inteligencia, por el hecho de que raras veces caen en sus redes los espíritus independientes; ni se nos diga tampoco que, en consecuencia, la inteligencia nada significa en nuestros días; lo más corriente, por el contrario, es que el caudillo moderno sea soberanamente inteligente. Lo cierto es que hoy día la inteligencia desempeña un papel mucho más amplio que en los últimos lustros de ante-guerra; entonces bastaba con frecuencia ser un fatuo distinguido, para creerse con derecho a aspirar a los puestos de más grave responsabilidad. La verdad hoy es muy distinta: únicamente la inteligencia de cierta especie puede desempeñar un papel: *la del caudillo y no la del guía espiritual.*

Ese es, a mi ver, el punto decisivo para los que, entre nosotros, representan el Espíritu, en el sentido tradicional de la palabra. El guía espiritual tiene que apelar a la iniciativa espiritual de los demás, y sin ella nada consigue. Descartada esta iniciativa espiritual del individuo, no existe verdadera fe religiosa, ni comprensión, ni discernimiento, ni juicio. Y es porque el núcleo de la personalidad espiritual es libre por esencia; nadie lo puede constreñir, sin contar con su asentimiento interno. De ese principio arranca el concepto de la última responsabilidad de la persona humana. A la inversa del guía espiritual, el caudillo, el domador, no apela absolutamente a ese núcleo autónomo; recurre, por el contrario, a las capas periféricas del ser; él obra por sugestión, y por tanto, obra constreñiendo al objeto a rendirle obediencia, sin que éste se percate siquiera de la coerción que sobre él se ejerce. Esto supuesto, ya podemos plantear, y hasta resolver, en primera instancia, la cuestión de saber por qué la humanidad actual, en su mayoría—mayoría que va siempre en aumento, pues toda la juventud converge hacia el tipo humano cuyo primer modelo es el ruso o el americano—ya no admite como guía sino al sugestionador que afirma y no razona; y es que *la humanidad se ha trocado en esencialmente pasiva.*

Y aquí se nos ofrece un problema: ¿de dónde procede esta pasividad, tan opuesta a lo que el concepto de progreso continuo nos daba a esperar? ¿es acaso un indicio de decadencia, de degeneración? No falta quien así lo crea. No cabe duda que asistimos, no

sólo en ciertos países, sino en todos los países, por lo que a la juventud se refiere, a una especie de desapego por los valores culturales, como no lo habíamos presenciado desde los estertores de la Antigüedad. Pero este mismo paralelo debiera tenernos advertidos contra un juicio prematuro. Si la cultura de la humanidad occidental pudo sobrevivir a la decadencia del imperio romano, se debió precisamente a la invasión de los bárbaros, con su vitalidad intacta y su moral primitiva, pero maravillosamente templada. Pues bien, basta dar una mirada imparcial alrededor nuestro para medir, si no la falsedad, al menos la insuficiencia de esta respuesta al problema de nuestro tiempo, que no atina a ver en la barbarización sino una simple decadencia; en efecto, *nunca como ahora la vitalidad de los jóvenes ha estado tan lozana*. De largos siglos a esta parte, nunca se había visto tanto empuje, tanto entusiasmo, tanto optimismo, tanto regocijo como en Rusia, en Alemania, en Turquía, en Italia; en una palabra, en todos los países en que la juventud desempeña un papel de importancia. Pocas personas son las que se dan cuenta, en torno suyo, de aquello que no han comprobado desde su más tierna infancia. Así se explica cómo sólo las personas que han pasado su niñez rodeadas de obras maestras de arte, dan pruebas, sin estar dotadas de cualidades especiales, de una comprensión artística que en ellos parece innata; así se explica también el por qué todo niño en el día parece haber nacido técnico o chofer; así se explica cómo los chinos, a despecho de todos los progresos de la industrialización, no alcanzan aún a comprender realmente los valores elementales de la civilización técnica, porque ellos siguen aferrados a las nociones heredadas de su antigüedad artística, cuyos valores son diametralmente opuestos a los que determinan la era mecánica. Ahora bien, la mayoría de los jóvenes de todos los pueblos de la tierra, en estos tiempos de crisis, no han tenido oportunidad de *apreciar* la importancia de los valores culturales; sólo saben apreciar una cosa, y es que toda la exaltación de esos valores no ha logrado preservar a sus mayores de la bancarrota en todos los dominios que más les interesan. Cuando allá en 1925, daba yo en Roma unas conferencias sobre la antigua espiritualidad oriental y occidental, de cuyo resurgimiento esperaba y sigo esperando la salvación, los jóvenes no hacían más que encogerse de hombros, diciendo: *Ci vuol altro!* Como resultado de las medidas adoptadas por el gobierno soviético que, desde 1918, con una pertinacia verdaderamente diabólica, ha colocado a los niños en un ambiente absolutamente nuevo y lejos del contacto con toda tradición, varias generaciones humanas *no atinan realmente* a comprender para qué pueda servir la religión. A esto añádase que—como dejamos dicho en el capítulo del *Mundo que nace*, titulado “el verdadero problema del progreso”—, las ideas sólo se transforman en fuerzas históricas en la misma proporción en que ellas son representativas de un estado

concreto. La definición de Alberto Thibaudet: “la política son las ideas”, sólo tiene alcances para esta Francia post-revolucionaria que ha venido organizándose en grupo de “sociedades de pensamiento”, o sea, para un país particular que, durante cierto tiempo, ha tomado más interés por las ideas abstractas que por otra cosa. Para las nuevas juventudes del mundo entero, el tenor propio de las ideas abstractas que ellas emplean son sencillamente los signos representativos de su estado concreto. La mayoría de los jóvenes alemanes se llaman socialistas porque todos sus recuerdos les hablan, unos de sufrimientos soportados en común, y otros, del alivio y del regocijo que dimanaban de la exaltación colectiva. Para millones de hombres, la libertad no es en realidad más que “una prevención burguesa”, según el decir de Lenín; pues esta palabra sólo despierta en ellos el recuerdo de los caprichos, sin freno alguno, de sus explotadores. Asimismo, la palabra “individualismo” sólo les evoca la falta de escrúpulos de los que los han esquilado.

Por más que estos fenómenos sean muy a propósito para desazonar a los intelectuales, a la vista están y son innegables. Por otra parte, la historia ha presenciado ya bastantes decadencias y desmoronamientos de civilizaciones, sin que por eso la humanidad haya dejado de seguir su marcha ascendente. Y cada vez que generaciones llenas de vitalidad, de empuje y, por tanto, superiores—fuera el que fuese el nivel inicial de su cultura—a los representantes de las civilizaciones derrumbadas, han llegado a escalar las cumbres de la historia ha surgido siempre una nueva aurora. A este propósito, quizás no haya un ejemplo más instructivo y alentador que la conquista de la Persia por los árabes. Los conquistadores eran bárbaros rematados, más bolcheviques que los mismos cuyo nombre me sirve ahora de parangón; no conozco en la historia humana fechoría semejante a la destrucción de la Biblioteca de Alejandría, incendiada con el pretexto de que la sabiduría antigua era cosa inútil. Sin embargo, transcurridas apenas unas docenas de años, la Persia presenció un resurgimiento inaudito. Desaparecieron todos los síntomas de decadencia; sobrevino un imponente reflorecimiento de la poesía y de la mística profundamente persas, aunque bajo un barniz arábigo.

Si recalco un tanto este punto, es porque un buen número de intelectuales, que maldicen de los acontecimientos de nuestro tiempo, dan muestras de no conocer a fondo la historia y de juzgar con sobrado exclusivismo, y sólo por el lado de la clase particular a que pertenecen. No es posible, en esta época de las masas, dar con la medida ajustada de las cosas, tomando como punto de partida la suerte de las minorías, que no constituyen la representación del movimiento general. Resulta siempre errado aplicar a las épocas revolucionarias las normas de los períodos de calma. No es acertado hablar de decadencia general, cuando lo que estamos ob-

servando entre tantos jóvenes de todos los países del mundo que, sin lugar a discusión, han dado el tono en estos últimos veinte años, tiene precisamente todos los visos contrarios a una decadencia.

Salta a la vista que, a despecho de la terrible depresión económica, el alma de la juventud moderna no ha sufrido desmayos. Y ésta es la razón cabal de por qué estas generaciones pueden ser revolucionarias; ahí está la historia para convencernos de que jamás una revolución, destinada a resultados duraderos, se ha producido en épocas de depresión moral. Los más famosos levantamientos de los campesinos se verificaron por regla general en épocas de relativa prosperidad material. Y es que los miserables carecen de energía; y esa es también la razón por la cual el régimen soviético no tropieza con adversarios de peso. Siendo esto así, no nos asiste el derecho, a mi entender, de juzgar el momento actual por lo que tiene de negativo en cuanto al espíritu; *valdría más tomar como punto de mira lo que nos ofrece por el lado positivo de su Vitalidad*; y entonces, llegaríamos a este resultado, por más raro que a primera vista parezca, para conocer la pasividad espiritual de nuestros contemporáneos: *la pasividad espiritual proviene de una rebelión de las fuerzas no-espirituales, de las fuerzas telúricas.*

HERMANN KEYSERLING.

Biblioteca de Letras
«Jorge Puccinelli Converso»

